

Biblioteca Selecta

Un **CHARLOT** *del*
MUNDO ANIMAL



22

RAMÓN SOPENA
EDITOR

PROVENZA 95. BARCELONA



00040642

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

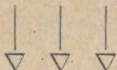
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 25 de febrero de 1918.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

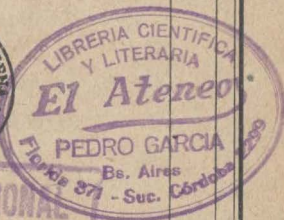
BIBLIOTECA SELECTA



MIGUEL MEDINA X

UN CHARLOT
DEL
MUNDO ANIMAL

29.130



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



MGX 160

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

UN CHARLOT DEL MUNDO ANIMAL

INTRODUCCIÓN

¡Aquí estoy yo, amigos míos! ¿No me conocéis? ¡Soy el verdadero, el auténtico, el legítimo Charlot, el risueño chimpancé de las selvas africanas que ha venido a Europa y piensa recorrer América haciendo reír a mandíbula batiente!

Ese Charlot que vosotros conocéis por haberlo visto en las películas haciendo patochadas es un Charlot apócrifo, falso y plagiarío: el verdadero Charlot, el que hace las patochadas soy yo, y ese otro aprendió de mí lo que sabe y lo que hace.

¿A que queréis saber cómo fué? ¿Sí?... ¡Cuando yo lo decía! Pues oído a la caja y ojo a lo impreso.

Yo nací en una aldea situada en la misma línea del Ecuador y en el propio corazón de África. Inútil es decir que siendo yo chimpan-



¿No me conocéis? ¡Soy el verdadero el auténtico, el legítimo Charlot...! (Pág. 5.)

cé mi padre también lo era y mi madre lo mismo, pues nunca se ha dado el caso de que nazca un chimpancé de padre burro y madre

cerda. ¡Y cuidado que sería interesante un animalito híbrido de cerda y burro!

Por lo pronto podría rebuznar y gruñir y así tendría mucho adelantado para formar parte de un orfeón.

La señora Chimpancé, mi señora madre, me dió la teta que necesité para criarme, y mi señor padre me dió todos los palos que me hicieron falta para educarme. Como pequeño y como mono era muy travieso, y mi padre me daba unas palizas soberanas, y siempre que acababa de darme una paliza que me dejaba deslomado, me decía:

— ¡Hijo mío, como yo te viva, bien educado vas a salir!

Pero los negros mataron un día a mi señor papá y me quedé a medio educar, aunque vivo, porque si mi padre no se muere, de seguro que cuando hubiera estado ya a punto de ganarme un premio y matrícula de honor por mi esmerada educación, hubiera fallecido con los huesos molidos. ¡Pobre padre mío! ¡Cuán-to sabía y qué palos pegaba! Todavía me rasco cuando me acuerdo.

Pero dejémonos de digresiones y sigamos con mi biografía.

Al quedarme huérfano y libre de golpes,

me sentí apenado y alegre al mismo tiempo. Apenado por lo de la orfandad, y alegre porque podía entregarme a mi afición predilecta, que era hacer patochadas. ¡Lo que se reían de mí mis vecinos!

Pero en aquella aldea de monos me sentía estrecho y decidí ensanchar mis horizontes. Quería cambiar de panorama; pero, como no había trenes en aquella parte de África, mis deseos no podían complacerse, hasta que una noche...

Pero esto ya merece que entremos en el

CAPÍTULO I

EN LAS REGIONES POLARES

Una noche que, como de costumbre, me dedicaba a hacer gracias para divertir a mis vecinos, apareció en el horizonte la sonriente caraza de la Luna, y corriendo hacia ella la

cogí por las narices para hacerla estornudar, y el astro de la noche no estornudó. El astro siguió elevándose en el firmamento, y cuando quise recordar me vi en lo alto. ¿Qué haríais vosotros, amigos míos, si os vieséis agarrados de las narices de la Luna surcando los aires con una velocidad que no puede imaginarse nadie que no lo haya experimentado? De seguro que haríais lo que hice yo: asirme lo más fuertemente posible y esperar los acontecimientos. Y los acontecimientos no se hicieron esperar. Sin saber por qué, tal vez por efecto del sudor, se me aflojaron los dedos y caí en plena región ártica, en una tribu de focas y osos blancos, que vivían en buena armonía, porque las focas andaban, o, mejor dicho, nadaban por el agua y los osos andaban por la tierra, o también mejor dicho, por el hielo.

Al verme en las regiones polares me pasó lo que os hubiera pasado a cualquiera de vosotros; me quedé helado, pero en el mismo instante me fijé en una magnífica osa blanca de espléndida pelleja y exclamé:

— ¡Vaya calor!

¡¡Qué abrigo de pieles gastaba aquella gente!

—¿Dónde estoy?—pregunté como si volviera de un desmayo.

—En el país de los osos, de las osas, de las focas y de los focos—me contestó muy aten-



...pero en el mismo instante me fijé en una magnífica osa blanca de espléndida pelleja...
(Pág. 9.)

tamente un león marino de aspecto respetable.

—Tienes que presentarte a nuestro jefe—añadió un oso no menos grave que el que primeramente me había dirigido la palabra.

—¿En qué calle vive?—repuse.

—¡Cállate, lunático!—replicó una osa blanca—. Aquí no hay calles.

—¡Anda la osa! ¿Sabes lo que te digo? Que te calles tú si puedes y que hable tu esposo, ¡parlanchina! En mi tierra no hablan las monas cuando hacen uso de la palabra los monos.

Al decir esto sentí que me arañaban la cabeza como si estuvieran peinándome con un peine de gruesas púas y me volví... ¡Menudo peine! Era una garra del oso marido de la osa, que se había acercado a poner orden al ver que osaba meterme con la osa.

—¡Cuidado con lo que dices, mono impertinente!—rugió el oso—. En donde tú la ves, es la osa mayor de este pueblo.

—Me alegro, beso sus pies y calculo que no estará muy lejos la osa menor.

—Precisamente es mi hija. Es una osa de buena estrella. Tiene en la punta de la cola la estrella polar.

—Pues a ver si se estrella con ella.

—No te molestes en hacer chistes malos, mono papanatas, porque aquí los chistes no nos dan ni frío ni calor.

—Lo comprendo. Frío, hace demasiado, y

calor, ¡Dios lo dé! Pero hablando de otra cosa, apreciable oso, ya que he caído aquí llo-



«...sentí que me arañaban la cabeza como si estuvieran peinándome... (Pág. 11.)

vido del cielo, me vais a permitir que baile una danza completamente simia para que me deis en cambio algo de comer, porque supongo que aquí se comerá como en mi tierra.

—¿Cómo se come en tu tierra?

— ¡Qué majaderías preguntas! Con la boca.

— No te extrañe que te haga preguntas indiscretas, porque aquí el que más y el que menos hace el oso a menudo.

— Completamente de acuerdo. Dejarme bailar, y de paso que me gano el sustento, entraré en calor que, la verdad, no sé cómo podéis vivir aquí con el frío que hace. ¿No tenéis braseros?

— ¡Qué tontería! ¿Braseros? ¿Qué es eso? Anda y baila y ganarás cuartos.

— Ande la osa, así hablaba el jefe de mi tribu, que era muy chulo por haber vivido en los barrios bajos de Madrid, en compañía de un tío que lo exhibía en las ferias y verbenas.

No quiero seguir reproduciendo la conversación que tuve con los osos, porque temo cansaros antes de haber pasado a otro capítulo, y por lo tanto me limitaré a deciros que bailé lo mejor que sabía y que al llegar la hora de los obsequios me trajeron un gran trozo de carne de foca chorreando grasa, y como yo ni ninguno de los de mi especie comemos grasa, pedí el postre creyendo que me traerían fruta, que era lo que a mí me gustaba, pero lo que me trajeron fué otro trozo

de carne grasienta; un pedazo de ballena que revolvió el estómago.

—¿Aquí no hay peras?—pregunté—. ¿No hay nueces? Pues me ausento.

Y en cuanto pasó la Luna me volví a agarrar de sus narices y me dejé llevar adonde Dios quisiera.

II

EN MANOS DE UN GUARDIA

Pues, señor...

En la Luna se viaja bien, siempre que sepa uno agarrarse, porque si no estás bien agarrado, ¡te has caído! Y si te caes te haces daño, y si te haces daño, te duele, y si te duele, tienes que ir a la casa de socorro, y si te mueres te entierran... ¿Estamos conformes?

Pues bien, en mi brillante vehículo surqué

los aires, y cuando me pareció oportuno me dejé *de caer*, como decía un mono paleta que yo conocía, me dejé caer suavemente, sostenido en mi caída por la propia atracción de la Luna, y al fin puse mis cuatro manos en la Tierra.

¿Dónde estaba?... ¿Qué hora era? ¿Qué mes?... ¿Qué año?...

Estas preguntas me las dirigí a mí mismo en voz alta, pero un transeunte que iba muy de prisa me respondió sin volver la cabeza:

—Pregúntaselo a un guardia.

La revelación del apresurado transeunte era de importancia grandísima.

Allí había guardias, luego me hallaba en una población civilizada, y tendí la vista para contemplar el panorama.

Realmente era una población muy bizarra. Las calles estaban formadas por casas de muy distinto aspecto: unas eran pequeñitas con un minúsculo tejadillo, como las perreras: otras estaban en lo alto de un poste y semejaban palomares, otras parecían cuadras, otras porquerizas, otras conejeras, otras gallineros, etcétera, etcétera.

Me hallaba, pues, en una ciudad poblada exclusivamente por animales, y esto me ale-

gró. Para mí era una suerte no haber caído en una ciudad de hombres, porque un animal como yo está mejor entre animales.

Hallábame entregado a estos pensamientos, cuando vi venir lo que yo necesitaba: un guardia.

Era un perro chato muy gordo y muy mal encarado, con su uniforme, su casco y su sable, y me acerqué a él muy respetuosamente, quitándome el sombrerete para preguntarle:

—Señor guardia, ¿tiene usted la bondad de decirme en qué ciudad estoy, a cuántos estamos, qué hora es y dónde puede aplacar el hambre un triste viajero que acaba de apearse del coche que le trae de muy lejos?

El guardia comenzó por mirar detenidamente mi elegante vestimenta, miró después en torno suyo, y luego me miró a la cara, arrugando las narices como diciendo: «Tú burlate, que verás el mordisco que te tiro». Pero lo que dijo fué:

—Muchas preguntas son ésas, señor viajero.

Entonces, con objeto de distraerle y de que desarrugara el hocico, me hice el loro y señalé con gesto sonriente a la Luna que se reía a



—Señor guardia, ¿tiene usted la bondad de decirme en qué ciudad estoy... (Pág. 16.)

CHARLOT.—2

carcajadas en las alturas al ver mi coloquio con el guardia.

El guardia miró a la Luna y se quedó con la boca abierta como quien ve visiones.

—Ese es mi coche, amigo y guardia mío— dije muy serio.

—¡Guau!—gritó mi interlocutor.

Esto, según supe después, quería decir en el lenguaje de los guardias de aquel país: «Date preso», pero, como yo no entendía, seguí haciéndome el tonto.

—¿Conque te has caído de la Luna?—replicó al fin el guardia—. ¡Pues sí que te has caído! Ahora mismo vienes conmigo a ver al juez de guardia.

—¿Qué tal persona es?—pregunté.

—Excelente, pero muy recto en el cumplimiento de la ley. Es un León muy respetable que no suele castigar más que con la pena de muerte por grave que sea el delito.

—¡Zapateta! Pues si el castigo no pasa de la pena de muerte, estoy encantado de haber caído en esta felicísima población de guardias tan amables y jueces tan justicieros y tan... taran tan...

—Sí—continuó el guardia halagado por mis palabras, y como la cosa más natural del

mundo—, aquí estamos muy bien. A los delincuentes leves se los ahorca y a los graves nos los comemos crudos. La única agravación



El guardia miró a la Luna y se quedó con la boca abierta como el que ve visiones. (Pág. 17.)

de la pena que con arreglo a las leyes puede imponerse, es que en vez de ser comido crudo, se vea comido el reo frito o asado, pero esto es siempre a gusto del interfecto.

— ¡Pues vaya un gusto! — exclamé temblando—. ¡Es horripilante!

—Horripilante y corriente—asintió el guardia—. No hay como viajar para conocer costumbres raras.

—Es que si molesto, vuelvo a tomar mi coche y me largo.

—De ninguna manera. Tú te quedas aquí hasta que te vea el juez, y luego...

—Sí, ya lo sé: crudo, frito o asado... ¡Precioso porvenir!... ¡Y para eso me he molestado yo en venir a este país!

—Tal vez te den un empleo, porque, como tienes cuatro manos, puedes ser muy útil para escribir.

—Pues vamos allá, y sea lo que Dios quiera.

Y sin decir más nos dirigimos al Juzgado de guardia.

III

EN EL JUZGADO DE GUARDIA

Al recorrer las calles todos los transeuntes me miraban con gran extrañeza y con no menor atención. Sin duda les encantaba mi pre-

cioso traje charlotesco, porque, aun cuando me esté mal el decirlo, me sentaba muy bien.

Creo inútil decir que los habitantes de la población eran tan distintos como las casas :



...el juez que era, en efecto, un León con toda la melena y con unas garras que aterraban. (Página 21.)

desde la inocente tórtola hasta el sanguinario tigre, había allí animales de todas las especies, pero ninguno se metió conmigo, y llega-

mos sin novedad hasta el despacho del juez, que era, en efecto, un León con toda la melena y con unas garras que aterraban.

Dándomelas de despreocupado, me quité el sombrero y comencé a hacer molinetes con el bastón, mientras que el guardia se expresaba en estos términos:

—Señor juez, aquí le traigo este individuo que dice que se ha caído de la Luna y debe de ser verdad, porque trae un olorcillo que me da ganas de ladrar, sin duda porque los perros tenemos costumbre de ladrar a la Luna desde tiempo inmemorial.

—Que hable el detenido—dijo el juez encarándose conmigo y relamiéndose, no sé si de cortesía o de gusto de pensar que tenía en mí un excelente plato de mono crudo, frito o asado para almorzar—. ¿Cómo te llamas?

—Charlot Chimpancé para servir al guardia y a usted, natural de África, estado soltero, profesión, mis labores.

—¡Hombre! ¿De África?—repuso el juez poniéndose más risueño—. ¿De qué parte? A ver si somos paisanos.

—De Guinea, de orillas del Congo.

—Yo soy del Sudán, de modo que si no fuera porque está el Congo entre medias, sería-

mos paisanos del todo. Pero es igual. Africanos al fin. Toma estas cinco y hablemos como amigos y no como juez y reo.

Al decir esto el León me tendió una manaza con cinco garras que metía miedo, pero se la estreché, porque lo cortés no quita a lo cobarde, como creo que dice el refrán.

— ¡Vaya, hombre, vaya!... ¡Bueno, bueno, bueno!... ¡Caray, caray, caray!...

— ¡Qué poco elocuente debe de ser este juez! —pensé.

— ¿Conque de la Luna, eh? ¡Vaya, vaya, vaya!

—No, no: ¡vengo, vengo, vengo!

— ¿Y qué tal anda aquello de caza?

—No he tenido ocasión de verlo, porque no he puesto los pies en sus regiones. He venido cogido de las narices de la Luna con los dedos, pero como ya me he acostumbrado a viajar así, cuando vuelva a tomar ese tren veré si hay caza o no y se lo escribiré a usted.

—Certifica la carta y ponle sello de urgencia.

—Descuide usted.

— ¡Vaya, vaya, vaya!... ¿Y qué vienes a hacer por aquí? ¿Traes algún proyecto? ¿Tienes alguna ocupación?

—Ocupación, sí, señor: rascarme las pul-

gas que no me dejan vivir. De África saqué las mías, pero los osos blancos me han pegado parte de las suyas y estoy lo que se dice frito.



...el León me tendió una manaza con cinco garras que metía miedo... (Pág. 22.)

—Tómame un baño y verás qué limpio te quedas.

—¿Bañarme yo? ¡Antes comido de pulgas!
¡Parece mentira que sea usted casi paisano

mío y no sepa que a los de nuestra familia les da más miedo el agua que los leones!

—Pues entonces a callar y a rascarse... ¿De modo que has estado en las regiones polares? ¡Vaya, vaya, vaya!... Tengo ganas de darme una vueltecita por allí para comerme unos cuantos esquimales y unas cuantas focas.

—Le advierto que son muy grasientos y que se va usted a constipar, porque hace un fresquito que ya, ya... Ande con cuidado y hágase un gabán de pieles.

—Gracias por el consejo, y en pago de tu buena voluntad, creo que puedo proporcionarte una colocación excelente. ¿Te gusta ser cómico?

—¿A mí? ¡Más que el coco!

—Pues ni una palabra más. Precisamente se está formando una compañía teatral, y con una recomendación mía te admitirán en seguida.

IV

MIS PRIMEROS PASOS EN EL TEATRO

—¡Yo del teatro! ¡Qué gusto! — exclamé dando vueltas en la mano a la carta de recomendación que mi paisano el juez y león, me había entregado para el empresario—. ¡El porvenir me sonríe más que la Luna!

Y pian, pianito, me encaminé al «Teatro de las Animaladas», título muy apropiado tratándose de un coliseo en el que autores animales representaban obras de animales para un público animal.

El teatro estaba situado en lo mejor de la ciudad, y no hay que decir que en todos sus detalles era una perfecta monada, por lo menos en lo referente a su exterior, pues de su interior no tenía la más remota idea.

La puerta principal estaba cerrada por no ser hora de función, pero no tardé en encon-

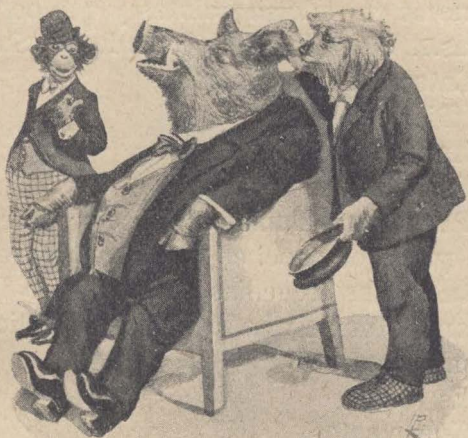
trar otra puerta secundaria en la que estaba el portero, un viejo y al parecer honrado perro de lanas, que me miró algo fosco, porque al ver que llevaba una carta se olió que iba a solicitar algo. Pero, como yo soy muy listo, le tranquilicé a escape diciéndole que no iba a pretender la portería del teatro, sino un puesto entre los actores. Entonces se mostró más amable y me pasó al despacho del director, un respetable jabalí de retorcidos colmillos, gordo vientre y morro imponente, que estaba dormitando en su sillón y gruñendo sordamente, sin duda porque soñaba con algún buen negocio.

El portero le tiró de una oreja para despertarlo, porque así se lo tenía mandado, y don Jabalí se despertó lanzando un estrepitoso gruñido. En seguida se puso las gafas, leyó la carta del juez de guardia y me espetó este comentario:

— ¡Qué manía ésta de mandarme recomendados a todos los reos! ¡Más valdría que los ahorcase o se los comiese! Y lo malo es que como no tengo más remedio que complacerle, mi compañía dramática se va convirtiendo en una compañía de bandidos que debían estar ahorcados—y a continuación, como si lo

que acababa de decir no lo hubiera oído yo, agregó, todo lo risueño que puede ser un jabalí—: ¡Bien, pollo! ¿Y usted a qué se dedica?

—A buscar un destino.



El portero le tiró de una oreja para despertarlo... (Pág. 26.)

—No está mal el chistecito, pollo. Ya veo que su fuerte es el género cómico, pero ahora no hacemos aquí más que dramas y tragedias, porque está la cosa muy seria, por la escasez

de alimentos, y sólo puedo ofrecerle una plaza de barba.

—¿De barba de mico?

—No, señor. ¡Qué poco enterado está usted! El barba es el que hace los papeles de anciano.

—Pues entonces nadie mejor que yo, que aun no he entrado en quintas y que no tengo barbas... Sí, señor, sí: aceptado... ¿Sueldo?

—Catorce duros y medio.

—¿Diarios?

—Anuales.

—Es igual: me conviene.

—Pues voy a llamar al director de escena para que le dé papel en un drama nuevo que se titula «Las tragedias de la selva o Donde las dan las toman y La lucha del pan caliente».

¡Es precioso!

—Es largo.

—Nueve actos.

—No, si me refiero al título.

—¡Qué quiere usted! Es que aquí gustan ahora los títulos triplicados. En cambio, cuando empecé yo el negocio teatral no iba el público a ver ninguna obra cuyo título se compusiese de más de una palabra, y lo más breve posible. Todavía recuerdo los éxitos de «Luz»,

«Sol», «¡Eh!», «¡Oh!», «¡Zis!», «¡Zás!...»

—No siga usted, porque es inútil: en mi tierra pasa lo mismo: no gusta nada tanto



como el ¡Pim!, ¡Pam!, ¡Pum!, con buenas pelotas de piedra.

—Sí, hay gustos muy raros.

Mientras hablábamos se presentó el director de escena, que era un tigre con los bigotes

muy afeitados, muy campechano él y con más orgullo profesional que un ordenanza del Ayuntamiento, porque para los papeles dramáticos no tenía rival. De una dentellada provocaba un drama en la función más divertida del mundo.

Enterado del asunto me invitó a pasar al escenario para encargarme del papel, y, ¡cátate a Periquito hecho fraile!, o mejor dicho, a Charlot Chimpancé hecho barba de una compañía dramática.

V

EL ENSAYO

La compañía entera estaba reunida en el escenario ensayando el grandioso drama «Las tragedias de la selva, etc.» Suprimo el resto del título, porque ya sabéis que es muy

largo. Tratábase de una mona monísima que vivía con su padre, un mono de edad regular, y con su madre, una mona mayor de edad, con su abuela, una mona vieja que era mi mujer y con su abuelo, que iba a ser yo, amén de siete hermanos, once tías, nueve tíos, catorce sobrinos, diez y ocho sobrinas, cinco cuñadas, doble número de cuñados y numerosos tíos, sobrinos y demás parientes de segundo grado.

Mi nieta, la monita, se iba a casar con un pollito, es decir, con un monito, el galán joven, pero se había enamorado de ella el tigre, y estaba dispuesto a raptarla aunque tuviera que cenarse a toda su numerosa familia corriendo peligro de que se le indigestase.

Pero velaba por todos un paternal camello, personaje nobilísimo, pero que no podía hacer nada práctico por la sencilla razón de que el tigre le había jurado comérselo el primer día que se le pusiese por delante, y él no tenía armas con que defenderse, porque ni sabía manejarlas ni tenía dinero para comprarlas. Lo único que tenía este bonísimo camello era una gran joroba y mucho miedo, por lo cual buscaba el auxilio de varios amigos suyos: un elefante, un búfalo, un hipo-

pótamo y dos rinocerontes, todos los cuales estaban dispuestos a impedir la felonía del tigre. Pero a pesar de tanta familia y de tantos protectores, el tigre raptaba una noche a la monita matándome a mí y a toda la familia de monos.

Esto sucedía en el primer acto, y cuando caía el telón quedaban ya fallecidos más de noventa personajes. Después... después, ya veremos, porque no conviene precipitar los acontecimientos.

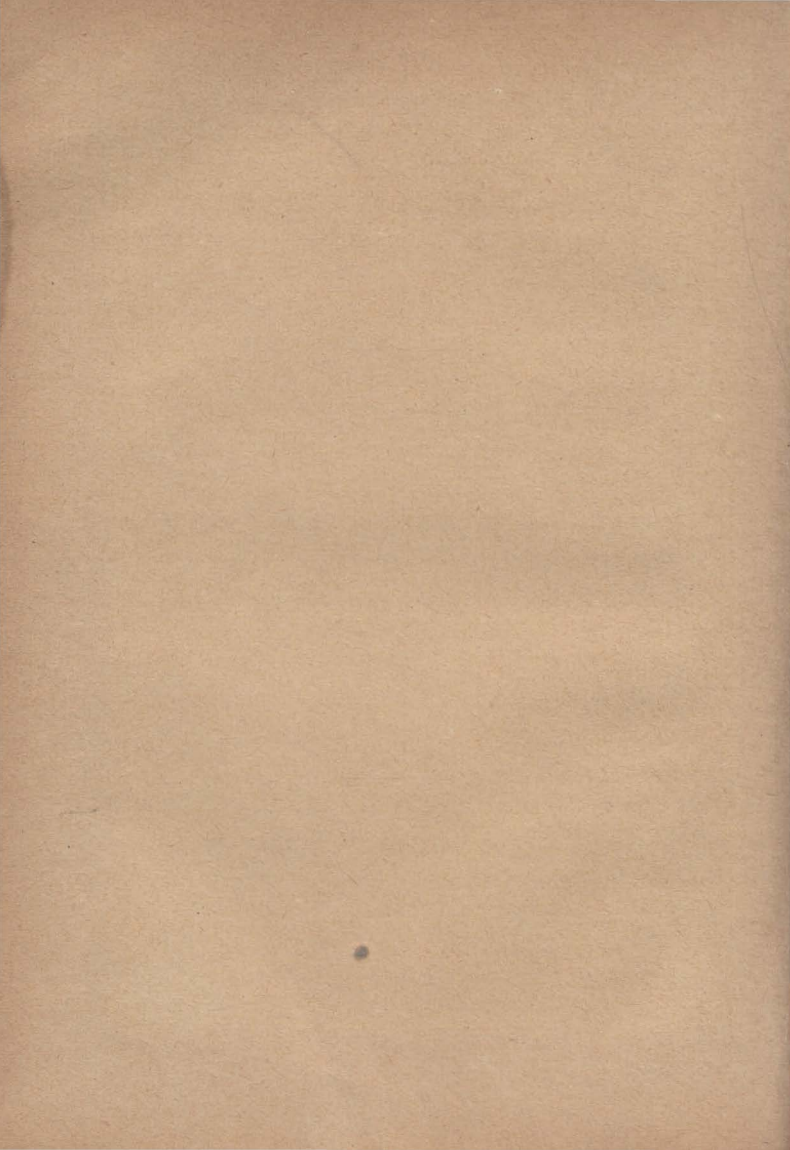
El caso es que me dieron mi papel de viejo, que me lo estudié, y que comenzaron los ensayos y con ellos mis apuros.

Desde el primer momento noté que mi modo de desempeñar el papel dramático de abuelo de la mona no le hacía gracia al director de escena, pues a cada frase, a cada movimiento mío arrugaba el hocico y enseñaba los dientes. En cambio, el hipopótamo abría una boca más grande que una banasta y se reía como un bendito. Otro tanto le pasaba al elefante y lo mismo podría decir del camello y de los demás cómicos, incluso la linda monita.

—Me parece que esto no va a resultar un drama, sino un sainete de lo más divertido—gruñía el tigre echando fuego por los ojos y



El patio de butacas estaba lleno de caballerías y reses vacunas... (Pág. 33.)



echando multas a los artistas, pero ni ellos lo podían remediar ni yo tampoco, y así, entre gruñidos y carcajadas, llegó el día del estreno.

VI

EL ESTRENO

La empresa había hecho un gran reclamo. El único periódico de la ciudad había publicado un suplemento con fotografías de los personajes de la obra y una razonada crítica de la misma escrita por un asno muy amigo del autor, que era otro asno más grande que el crítico, por pertenecer a una raza de mayor tamaño. Las esquinas estaban llenas de carteles, y cuando llegó la hora de la representación estaba el teatro de bote en bote.

El patio de butacas estaba lleno de caballerías y reses vacunas. Había yeguas lujosamente ataviadas, caballos y toros de frac, va-

cas descotadas, burras y burros de lo más selecto de la sociedad, y no faltaban los camellos, las jirafas, los elefantes y los rinocerontes con sus señoras e hijos respectivos.



Los palcos estaban ocupados por distinguidas lobas, hienas, leonas, panteras y demás felinos de la población.

Del techo pendían numerosos columpios lle-

nos de aves de vistosos colores, y en los anfiteatros se hallaba la clase media representada por cerdos con sus marranas esposas, cabras con sus chivos, ovejas, carneros, etc., y como cada cual hablaba a su manera, parecía aquello una torre de Babel.

La orquesta, compuesta de mirlos, canarios, chicharras y grillos, tocó una bonita melodía, y luego, en medio del mayor silencio, se alzó el telón, apareciendo yo solo en escena con unas largas barbas blancas y mi traje característico, porque no quise desprenderme de él en primer lugar, porque no tenía otro, y en segundo lugar, por la misma razón que acabo de exponer. Después de todo, bastaban las barbas blancas para darme carácter de viejo.

Y comencé a declamar con voz campanuda:

¿Dónde está mi nietecita,
que me la quiere robar
un tigre de larga cola
y muy poca dignidad?
¡Por estas mis blancas barbas
juro la he de proteger!...

Y llevado del ardor dramático me di un ti-

rón de las barbas sin acordarme de que eran postizas y me las arranqué de cuajo.

El público se quedó un poco asombrado, y yo, sin saber con qué pegármelas otra vez,



les di un poco de saliva y, como es natural, no se me sostuvieron.

Esto ya no pudo tolerarlo el público, y mientras unos daban patadas en el suelo, otros comenzaron a gritar :

— ¡Que baile! ¡que baile!

— Precisamente es lo que hago mejor— pensé—. ¡Ahora sí que me voy a lucir!

Y me puse a bailar una machicha charlottesca con la sal del mundo y del África.

El público creyó que me daba el baile de San Vito por el miedo del rapto de mi nieta, y se puso a aplaudir a rabiar, lo cual molestó al director de escena, que era muy envidioso, y salió diciendo estos versos improvisados por la ira:

¡No te pongas a bailar,
porque te voy a pegar
y a arañar!

¡Retírate de aquí
y no seas así!

¡Maniquí!

A mí me molestó lo de maniquí, y sin acordarme de que estaba en escena y nada menos que en presencia de un feroz tigre, contesté:

— ¡El maniquí lo será usted! Yo bailo porque me lo pide el cuerpo y el público me aplaude, ¿está usted?

El tigre fué a tirarme un zarpazo, yo, por li-

brarme, gateé por un bastidor arriba, y desde lo alto de las bambalinas comencé a tirarle trozos de decoración. El escándalo atrajo a la dama joven, la monita que iba a ser rapta-



da, y detrás de ella salieron todos los demás actores.

Con la precipitación, el elefante pisó un ca-

llo al camello, el cual tenía los pies perdidos de tanto andar por los desiertos, y le llamó pisa burros, insulto que el elefante no pudo tolerar sin descargarle un trompetazo en la joroba. El camello, dolorido de la joroba y de los callos, retrocedió y metió la cola en la boca del hipopótamo, que, como de costumbre, estaba riéndose como un bienaventurado, y como le hiciera cosquillas en el gáznate cerró el buzón y se quedó con la cola entre los dientes. El camello, rabón ya para siempre, pegó un mordisco a una mona que tenía al lado, la mona le respondió con un fuerte pellizco, y en dos segundos quedó el escenario convertido en un campo de Agramante.

En la sala el escándalo era de los que hacen época, y para acallararlo me puse a tirar al público todo lo que encontré a mano. Vinieron los guardias ladrando, nos detuvieron a todos, y todos fuimos a parar al juzgado de guardia.

— ¡Ahora sí que me veo comido frito!— pensé.

Pero no fué así. Yo os contaré lo que pasó.



El camello, rabón ya para siempre, pezó un mor-
disco a una mona que tenia al lado... (Pag. 39.)

VII

OTRA VEZ EN EL JUZGADO

Cuando entramos en el despacho del juez de guardia, estaba don León royendo un hueso, último resto quizás de algún pobre condenado, no sé si crudo o frito, y suspendió su ocupación de muy mala gana, porque era más

fácil engullir un reo que juzgar a medio ciento, pues tal vez pasaran de este número los que llevaban conducidos los guardias, entre actores y espectadores revoltosos.

—¿A qué viene aquí toda esta patulea?— preguntó malhumorado el león.

—Señor juez, le traemos una porción de detenidos, pero realmente el único culpable es su recomendado el chimpancé, porque ha sembrado el desorden en el teatro y sólo por culpa suya se ha armado el escándalo más grande que nuestro honrado cuerpo ha presenciado en esta tranquila población desde que hay animales en el mundo, y eso según tengo entendido en mis cortos alcances de guardia, hace un rato.

—Sí, señor: yo soy el único culpable y pido que se despida a toda esta honrada gente que no ha hecho nada malo.

—Bueno, puesto que lo dice mi amigo el mono, quedan todos en libertad y él responderá por todos.

—Yo responderé a lo que sea justo y nada más, pero declaro que no debe condenarse a nadie ni a mí mismo. ¿Qué he hecho yo, vamos a ver? ¿Hacer reír? Eso no es malo.

—Se habrá reído algún tonto, pero yo no

he tenido motivos para soltar la carcajada.
¡Menudo pisotón me ha pegado el elefante, y encima me ha arreado un trompazo!



—Señor juez, le traemos una porción de detenidos... (Pág. 41.)

—Claro que ha sido encima, ¡como que ha sido en la joroba!

—Pues por eso me muestro parte en este pleito, y hasta que no sea condenado alguien, yo no me retiro.

—Menos mal que ni el camello ni el mono comen huesos—dijo el león a media voz—, así no tendré que invitarlos... ¡Despejen!—gritó con voz rugiente, y esto bastó para que todos huyeran más que a prisa—. A ver, secretario, que le traigan al amigo Charlot una zanahoria y que me explique lo que ha pasado. ¡Estaría bueno que tratase yo mal a un paisano! Los leones somos excelentísimas personas, digan lo que quieran los naturalistas. Comemos porque tenemos hambre, pero no por capricho, en lo cual ganamos a los hombres que comen a veces por puro vicio. Al camello, que le traigan un poco de unguento para los callos y que se vaya de aquí, porque me molesta mucho ver a la gente arreglarse los pies

· El secretario hizo lo que le mandaba su superior jerárquico, y el camello, cuando tuvo en su poder el unguento, quiso tomar la palabra, diciendo:

—Yo agradezco profundamente el favor que se me hace regalándome una caja de unguento mágico para los callos, ojos de gallos, durezas y demás molestias de los pies, pero quiero hablar.

—¡Pareces un sacamuelas, amigo camello!

—repuso el león un poco picado por la insistencia del cuadrúpedo—. ¡O te quitas de aquí en el acto, o te aplasto la joroba de una vez! ¡Estaría bueno que un camello desacatara los mandatos de la autoridad! Es la única ventaja que tenemos los jueces, que en el desempeño de nuestras funciones podemos mandar callar al más charlatán, porque en casa no hay medio de conseguirlo. Precisamente tengo yo una mujer que cuanto más la mando callar, más charla. ¿No conoces a mi leona? Pues te advierto que es más terrible su lengua que sus dientes. Cuando toma la palabra no sabe soltarla.

—Es que yo, aunque camello, soy muy prudente y no quiero hablar más que lo preciso.

—Bueno, pues, ¡largo de aquí si no quiere saber cómo aprietan mis dientes! ¡Qué animal más pesado!

Al fin logramos quedarnos solos el león y yo, y entonces pudimos hablar a nuestras anchas.

—Eso que ha pasado hoy pasa siempre que se da función en el teatro, porque los cómicos son unos animales que se figuran con mucho talento y no saben interpretar las obras. Ese es mal muy extendido en todo el mundo.

Yo los tengo un odio mortal, y tanto es así, que ya me llevo comidos lo menos dos millares de cómicos. Al que yo envió al teatro, ya se sabe, concluye por venir a mi mesa.

—Lo malo es que con este jaleo me he quedado sin destino y no sé cómo me voy a ganar el sustento.

—¡Hombre! ¿tú entiendes de préstamos?

—Regular. Tengo por norma no pagar lo que me prestan, porque mi padre, que sabía mucho, se atenía a la máxima que dice: «Cobra y no pagues, que somos mortales.»

—Eso es una mala enseñanza. Lo que se debe hay que pagarlo. Pero, bueno, si estás al tanto de lo que es un préstamo, te voy a recomendar a un amigo prestamista que te concluirá de enseñar.

Mi espontáneo amigo y casi paisano, que decididamente quería protegerme, me dió la carta y después de una calurosa despedida, y después de haberme comido otra zanahoria, me marché a pretender el nuevo destino.

—¡De cómico a prestamista! ¡Qué cosas se ven en el mundo!—iba diciendo para mis adentros.

VIII

EN LA CASA DE PRÉSTAMOS

El sitio adonde me había dirigido mi entrañable amigo el león era una casa de compra-venta mercantil, porque habéis de saber que este comercio es lucrativo en todos los tiempos y en todos los países, ya sean de hombres ya sean de animales. El amo era un zorro muy grande con una cola pobladísima, señal de gran talento para esta clase de negocios. Gastaba un curioso gorro verde, una bata del año 1, que, según me explicó, se le había quedado sin vender, y unas gafas de concha que parecían dos faros de automóvil, tras de cuyos cristales asomaban dos ojillos vivos y chiquitines rebosantes de picardía.

— ¿Conque quieres ser dependiente de casa de préstamos? ¡Muy bien! Me parece que tie-

nes cara de listo y creo que nos entenderemos, hijo mío. Todo el secreto está en no dejarse engañar y dar uno por lo que vale ciento, hijo mío. Aquí estarás como en tu casa, hijo



El amo era un zorro muy grande con una cola pobladísima... (Pág. 46.)

mío. Y en cuanto a sueldo, yo acostumbro a no dar ninguno hasta que mis dependientes llevan catorce años en la casa. Después les asigno siete pesetas al año y así van ascen-

diendo. Casi todos se han retirado ricos, hijo mío, porque no adquieren vicios.

—¡Caramba! ¡qué señor tan paternal y tan roñoso!—pensé. Pero la cuestión es comer—. Sí, señor, tiene usted mucha razón; sin dinero no puede enviciarse la juventud, y creo que usted será para mí como mi mismo padre.

—Pues, nada, nada, convenido, quedas a mi servicio. Sólo te encargo que tengas sumo cuidado con los relojes, porque es donde más fácilmente pueden engañarte. No tomes ninguno sin convencerte de que la máquina está perfectamente sana.

—Descuide usted, que reloj que yo tome será un cronómetro.

—¡Ah! y da poco dinero, porque las cosas están muy malas.

Y con estas breves instrucciones me quedé de dependiente de la casa de préstamos.

Mi amo, que era viejo y dormilón, se marchó a dormir la siesta, y apenas hube quedado solo en el establecimiento, entró un conejo muy risueño con un despertador.

—¡Buenos días! ¡ji, ji, ji! ¿Está don Zorrín? ¡ji, ji, ji! ¿Durmiendo la siestecita, eh? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué buena vida se dan estos prestamistas! ¡ji, ji, ji! No se parece a la nuestra,



Y le saqué el espiral de acero y comencé a darle fuertes martillazos hasta que se rompió—... (Pág. 50.)

CHARLOT.—4

que tenemos que dormir poco, y eso con un ojo solo. ¡Ji, ji, ji!... Por eso precisamente quería empeñar este reloj despertador... ¿Qué falta hacen a mi familia los despertadores? ¡Si siempre estamos despiertos! Y crea usted que siento empeñarlo, porque es recuerdo de familia. Este relojito, donde lo ve usted, lo heredé de mi pobre padre, que murió de resultas de una perdigonada. Mi padre lo había heredado de mi abuelo y mi abuelo lo había traído de casa de mi bisabuelo, el cual, a su vez, lo había heredado de mi tatarabuelo, conejo cuidadosísimo de los recuerdos de familia, pues ha de saber usted que mi tatarabuelo lo había sacado de casa de mi tatatatarararabuelo cuando se casó y mi tatatatararara... ¡Caray, pues no me hago un taco con tanta familia!...

—No me extraña—repuse—, porque estoy ya mareado... Pero creo que no hace falta tanta conversación para empeñar un despertador. ¿Cuánto quiere usted por él?

—Eso usted verá. Se halla en excelente estado.

—De eso del estado me encargo yo, porque no crea usted que porque soy nuevo en el comercio, me va usted a engañar. Voy a some-

ter el instrumento a unas cuantas pruebas para convencerme de su buen estado.

En primer lugar le tomé el pulso. Es decir, quise tomárselo, pero no se lo encontraba por ninguna parte.

—Le advierto que está parado desde hace mucho tiempo—me dijo el conejo.

—Pues entonces veamos la temperatura—y le apliqué un termómetro clínico.

—¡Caramba! Este reloj tiene una gran depresión. No llega a treinta y seis. En fin, aunque ya no me va gustando su estado, le veremos las tripas—y le quité la tapa de la máquina—. ¡Uf! ¡Qué sucio está! Este reloj necesita lo menos dos onzas de aceite de ricino para limpiarse.

—Jamás he oído que los relojes necesiten purgarse, pero si está sucio no le extrañe, porque no anda desde que lo tenía mi tatatatara...

—¡Tararí!... No siga usted. Veamos la cuerda—Y le saqué el espiral de acero y comencé a darle fuertes martillazos hasta que se rompió—. ¿Ve usted cómo no estaba sano?

—¿Quiere usted dejarme el martillo?—me dijo el conejo.

—Con mucho gusto—respondí.

- ¿Usted cree que está bueno de salud?
—¿Yo? A prueba de bomba.
—¡Vamos a verlo!—y así diciendo, el mal-



dito conejo me descargó media docena de martillazos que me hicieron caer sin sentido, al mismo tiempo que decía:

—¿Y ahora, estás sano?

Cuando volví en mí me encontré en el hospital con la cabeza llena de chichones.

Estaba visto que yo no servía para prestamista.

Cuando me curase tenía que buscar otro empleo.

IX

ME HAGO GUARDIA

Cuando me hube curado de los chichones ganados por mi terquedad en comprobar la bondad del reloj despertador del airado conejo, las enfermeras del hospital, unas ovejas muy cariñosas y muy simpáticas, con su blanco uniforme, me comunicaron que tenía que marcharme de allí.

—El caso es—repuse—que aquí se está muy bien con ustedes y que no tengo ganas de irme.

—Pues no hay más remedio.

—¿Y qué podría hacer para volver?

—Procurar que le den otra paliza, o ponerse malo sencillamente, es decir, sin paliza.

—Pues les prometo volver, aunque para ello tenga que dejarme romper siete costillas.

Verdaderamente en el hospital se comía muy bien y se estaba muy cómodamente. Pero como todo tiene remedio en este mundo, aunque sólo sea el remedio de aguantarse, me aguanté y me fuí a la calle.

—¿Adónde voy?—me dije—. ¡Ah, sí!—exclamé dándome una palmada en la barriga, que es como los chimpancés demostramos que hemos encontrado lo que buscábamos en la imaginación—. ¡Al juzgado de guardia!

Y como andaba algo flojo de piernas, tomé una tortuga de punto, porque allí eran las tortugas el único medio de locomoción rápido, eché bota y merienda calculando que el viaje sería largo, y muy sentadito en la tortuga me dejé llevar al juzgado, porque no veía más recurso que acudir nuevamente a la amistad de mi casi paisano el león.

Cuando llegué estaba juzgando a unos cuantos pájaros bobos que habían llevado detenidos unas guardias.

—¿Qué podrán haber hecho estos infelices, que parece que en su vida han roto un plato?
—dijé a media voz, y un guardia que oyó mi comentario me dijo:



Quando llegué estaba juzgando a unos cuantos pájaros bobos... (Pág. 53.)

—Lo que se dice romper, no han roto ningún plato; no han hecho más que robar toda la vajilla de casa de don Can Chucho, que es uno de los personajes más influyentes del país.

Entonces presté atención para escuchar el interrogatorio.

—¿Por qué habéis robado la vajilla de don Can Chucho?—les preguntó el juez.

—Porque no teníamos que comer—respondieron aquellos pajarracos.

—¡En mi vida he oído semejante cosa! exclamé—. ¡Robar platos cuando no se tiene que comer! Decididamente estos pingüinos son unos tontos de capirote.

—¿Y seguís teniendo hambre, pobrecitos?—les preguntó el juez burlonamente.

—Sí, *señor*—contestó uno que se le atragantaban las erres.

—Pues voy a aplicaros un remedio que os curará el hambre radicalmente. ¡A ver, guardias! ¡Que les corten la cabeza a estos pajarracos para que se les sacie el apetito y que me los pongan luego asados para saciar el mío, porque me estoy cayendo de debilidad!

—¡Qué talento tiene mi casi paisano! ¡Vaya un modo de matar varios pájaros de un tiro! Con sólo su sabio acuerdo, quita el hambre a los hambrientos, castiga a unos ladrones y se proporciona un abundante almuerzo. ¡Olé los leones con inteligencia!—exclamé sin poder contenerme dando unas zapatetas en el aire, en honor de mi casi paisano, y de paso para congraciarme con él.

No hay que olvidar que iba a pedirle un tercer destino.

—¡Hola! ¿Tú por aquí otra vez? ¿No te va bien de prestamista?

—Me ha costado caro el querer cumplir bien con mi obligación—y le conté lo ocurrido con el conejo y le expuse mi necesidad de un nuevo acomodo.

—¡Hombre, hombre! ¡Ya van tres! y... En fin, ¿quieres ser guardia? Aquí los guardias suelen ser perros de presa, pero haré una excepción contigo y tendremos un guardia chimpancé, un guardia distinguido.

—¡Ya lo creo!—repuse—. ¡Pues ni poco que me gusta a mí mandar!

—Pues en seguida te harán el uniforme y te destinaré al barrio de la Concordia. Pero ahora vamos a almorzar. ¿Quieres una tajadita de pingüino? Supongo que ya estarán asados los que sentencié antes.

—Muchas gracias: no me gustan las aves.

—Pues tomarás unos rabanitos. Pasa al comedor.

X

EN EL BARRIO DE LA CONCORDIA

Dos días después de la escena descrita en el capítulo anterior, me encontré completamente transformado en guardia de orden público, con mi casco, mi sable, mi revólver y mi bastón. No soy dado a las alabanzas, ni presumo de guapo, pero no puedo menos de afirmar que vestido de guardia estaba como para que me hicieran una fotografía de cuerpo entero.

Con bizarro continente y dispuesto a imponer mi autoridad dondequiera que fuese preciso, pasé lista en la Comisaría y salí muy ufano en compañía de otros guardias, perros todos ellos.

—¿Adónde te toca a ti?—me preguntó uno de tiosos bigotes.

— ¡A mí no hay quien me toque! —repliqué algo picado por si aquel guardia era un guasón, porque los hay.



...salí muy ufano en compañía de otros guardias... (Pág. 57.)

— ¡Vaya si te tocarán como te descuides! Digo que en qué barrio estás de servicio.

— En el de la Concordia.

— ¡Uf! Te aseguro que te vas a divertir.

— ¿Hay cines?

—Cines, no, pero películas al natural no faltan. ¡Que San Roque te proteja!—y me dejó.

—Se conoce que este perro es devoto del santo—me dije a mí mismo—. ¡Es natural! Por algo está San Roque acompañado de un perro—pensé, y no hice más caso de sus observaciones.

En cuanto estuve en el barrio de la Concordia y hube dado dos vueltas a la manzana, no pude menos de retorcer el hocico y llevarme un dedo a las narices diciendo:

—¡Esto me huele mal!

¡Como que en el barrio de la Concordia no vivían más que perros y gatos!

¡Figuraos, amigos míos, lo difícil que es conservar la concordia entre dos especies de animales que se tienen declarado odio de raza! El barrio no tenía más que cuatro calles llamadas de la Amistad, de la Fraternidad, de la Amabilidad y de la Tranquilidad, nombres todos ellos apacibles como veis... ¡Pero ahora veréis!

Lo primero que me chocó fué el gesto avinagrado de todas las porteras, gatas unas y perros las otras. Al verme pasar, unas hacían ademán de bufar y otras me enseñaban los

dientes, pero yo me hice el tonto y empecé a pasear muy serio mi demarcación.

A la segunda vuelta ya había en las calles varios corrillos de gatos y perros mirándome



Al verme pasar, unas hacían ademán de bufar y otras me enseñaban los dientes... (Pág. 59.)

de reojo como con ganas de bronca, y a la tercera vuelta ya estaba la bronca armada.

Al parecer, una gata tenía resentimientos con una perra, porque le había asustado a los

gatitos y se habían trabado de palabras. El marido de la gata, gato muy mal encarado, había desafiado al marido de la perra, perro de muy malas pulgas; los amigos de unos y otros habían formado dos bandos y la algarabía era infernal. Maullidos, bufidos, ladridos malsonantes, en fin, todo lo que suele preceder a una lucha en regla.

Yo, que soy aficionado a los procedimientos radicales, saqué el revólver y pegué un tiro a una de las perrazas que más escandalizaban, apuntándola a la punta de la cola, porque no quería matarla, pero si la hubiera matado es posible que no la hubiera sentado tan mal como la pérdida de unos cuantos pelos que la arrancó el proyectil.

Vínose hacia mí como una furia, y tras de ella todos los gatos del barrio con una malas intenciones tan manifiestas que me obligaron a ponerme en salvo trepando a lo alto de un farol.

Fuerte ya en aquella posición estratégica, hice fuego contra los asaltantes, y gato que intentaba subir a lo alto del farol, gato que caía con el cuerpo atravesado por un balazo.

Los perros, que se habían quedado parados, reaccionaron, y esto me salvó, porque, al ver-

los venir, los gatos se metieron en sus casas respectivas, aunque de muy mala gana, como lo demostraba lo erizado que llevaban el lomo.

Entonces me creí salvado, pero me llevé chasco. Cuando los perros vieron el campo libre de gatos, se adelantó un perro de presa muy gordo y muy grande y me hizo señas de que bajase.

Yo le obedecí creyendo que me iba a dar la enhorabuena por mi valor. (había siete gatos muertos a mis pies), pero ¡cualquiera se fía de un perro chato!

El tal perro era un chulapón del barrio, un matón que por su fuerza y su poca vergüenza tenía acoquinados a todos los vecinos, y quiso lucirse conmigo.

—Oiga usted, señor mono—me dijo sonriéndose y enseñándome de paso unos colmillos espantosos—. ¿A usted qué le importan las cuestiones de nuestra vecindad?

—¡Hombre, digo, perro! ¿No está usted viendo que soy guardia y que tengo derecho a meterme en todo?

—A mí los guardias me importan tanto como los mosquitos. Para poner paz y arreglar cuestiones en este barrio, me basto yo solo, conque ¡ahueque!

—¿Que ahueque? ¿Qué quiere usted que ahueque? No entiendo el zulú.

—Lo que le he dicho no es zulú, sino espa-



...y le pegué un chaparrón de bofetadas. (Pág. 64.)

ñol. Ahuecar es en mi tierra poner pies en Polvorosa.

—¡Ah! ¿sí? Pues no puedo complacerle,

apreciable dogo. Me es completamente imposible poner los pies en ninguna parte.

—¿Por qué?

—Porque no tengo. Mire, todo son manos. Va usted a verlo—y le pegué un chaparrón de bofetadas.

—¡Cómo! ¿Pegarme a mí? ¡Y un mono!... ¡A ver! ¡Todo el mundo a su casa, que me lo quiero comer solo—gritó el perrazo.

Los demás perros, que sin duda le tenían mucho miedo, corrieron a refugiarse en sus casas con el rabo entre piernas, pero gritando:

—¡Mueran los guardias!

Al ver la cosa mal parada desenvainé el sable y con mucha amabilidad pinché en la barriga al perro gordo, diciendo:

—Diga usted, ¿este traje que lleva usted, es de piel de perro?

Aquél fué el toque de ataque. El dogo abrió la boca con el decidido propósito de tirarme una dentellada, pero yo me adelanté a los acontecimientos, y de un salto me metí por una ventana baja de la casa más próxima, pero con tan mala fortuna que fuí a caer encima de la mesa donde estaba comiendo una numerosa familia de gatos.



El perro me perseguía a mí, los gatos perseguían al perro asestándole fuertes arañazos... (Pág. 65.)

La mesa salió rodando, los gatos se pusieron de uñas y yo me puse de manchas que no había por dónde cogermé.

Aun no nos habíamos repuesto de la impresión, ni siquiera había tenido tiempo de pedir perdón a la familia gatuna por mi brusco modo de entrar, cuando ¡zas! entró el perro por la misma ventana que yo.

Sin soltar el sable, bajé corriendo la escalera. Detrás venían el perro y los gatos, los muebles rodaban; al verme en la calle volví a meterme por la ventana, mis perseguidores hicieron lo mismo, y durante un buen rato jugamos a la rueda entrando por la ventana, saliendo por la puerta y volviendo a entrar por la ventana.

El perro me perseguía a mí, los gatos perseguían al perro asestándole fuertes arañazos, los demás vecinos acudieron al estrépito y hubo que ensanchar el campo de acción, y de tejado en tejado, recorrimos todo el barrio, estropeando tejas y chimeneas hasta que llegó un destacamento de perros policías y comenzaron a poner bozales a los alborotadores perros del barrio.

De los gatos no hubo que ocuparse, porque

se escondieron al ver el crecido número de fuerzas caninas que tenían enfrente, y así quedó restablecida momentáneamente la paz en el barrio de la Concordia.

XI

EL ESPANTAJO

Acabada la accidentada guardia, me fuí a dormir en lo alto de un árbol de un bosque próximo, porque ya empezaba a echar de menos mi vida de la selva, y dormí como un bendito.

Para que no me molestase nadie hice un es-

pantajo con el uniforme y unos palos, le puse por cabeza una calabaza y le planté cerca del árbol, con el sable en posición de ataque.

Así preparado el centinela de pega, me dormí a pierna suelta, pero no sé cuánto habría



dormido, cuando me despertó un gran estrépito, y a la luz de la Luna, mi excelente amiga, presencié la catástrofe más terrible que puede ocurrirle en el mundo a un individuo.

Me vi hecho pedazos, destrozado, desgarrado, y con todas las pipas de la cabeza esparcidas por el suelo.

Todos los perros y los gatos del barrio de la Concordia se habían puesto de acuerdo por una vez, ¡oh perra suerte mía!, para venir a destruirme, y lo habían conseguido... pero en efígie. Mi idea del guardia espantajo con cabeza de calabaza había sido una buena idea. Pero, ¿y después? Después sobrevendría irremisiblemente la catástrofe auténtica. Los perros tenían muy buen olfato para saber que el guardia que habían destrozado era un guardia completamente de pega y me buscarían.

Pero de pronto tuve otra idea.

—¡El juez, el juez!—grité, y aquella voz sembró la alarma en las filas. Gatos y perros se atropellaron por huir, y cuando todo estuvo tranquilo me volví a dormir.

Pero tampoco pude descansar mucho tiempo, porque pasó una pareja de guardias, y al ver un uniforme destrozado, creyeron que se había cometido un crimen, hicieron investigaciones sobre el terreno, y uno de los guardias, que era sabueso, no tardó en descubrirme.

— ¡Ese es el asesino! — gritó—. ¡Parece mentira que pueda dormir tranquilo después de haber destrozado a un pobre guardia! ¡Y qué tragón es el criminal! ¡Mira, se ha comido hasta los huesos! ¡No ha dejado ni una tajada! Y se conoce que para poder devorarlo mejor se ha comido una calabaza a modo de entremés. ¡Mira las pipas esparcidas por el suelo! ¡Eh, tú, criminal, date preso! — me gritó

Al sentir las voces me había despertado y no podía tenerme de risa escuchando las deducciones de aquel sabueso que se las daba de listo.

— Oiga usted, guardia—le contesté—. ¿No puede dormir tranquilo en este bendito país un forastero que se come a los guardias crudos? Espera a que me levante y luego bajaré.

Como la pareja de perros no podía trepar al árbol, tuvo que esperarse, y cuando me hube hartado de dormir les dije:

— ¡Buenos días, amigos! Durmiendo al aire libre se despierta uno con muchas ganas de comer. ¿Cuál de vosotros está más gordo? Porque voy a comerme uno de vosotros para desayunar. Precisamente el guardia que me

cené anoche me supo muy bien, y quiero repetir el plato.

Los dos perros se miraron, me miraron, meditaron y hablaron entre sí a media voz.

—Oye, tú, ¿será este mono algún mono feroz que dicen que hay en África?

—¡Quién sabe!

—¿Y no te parece que el triste jornal de guardia que ganamos no nos obliga a tener el valor de un bisonte?... Suponte que baja y se almuerza a ti...

—O a ti, porque estás más gordo.

—Bueno, se me almuerza a mí y a ti te reserva para tomar un bocado a media mañana... Es indudable que si esto ocurre dejaremos viudas a nuestras perras.

Mientras tanto yo, aprovechando el miedo que había infundido a aquellos infelices, hacía gestos amenazadores, abría la boca, me palpaba la tripa, y rechinaba los dientes.

—¿No lo ves cómo se prepara? ¡Yo creo que nos come a los dos de una sentada!

—¡Vaya! ¡Vamos a almorzar!—exclamé abriendo la boca y empezando a descender del árbol.

—¡Guau!—gritaron los perros policías, y

huyeron como alma que lleva el diablo, dejándome a mí más tranquilo que un ermitaño y riéndome a carcajadas.

Estaba visto que aquél era un país imposi-



ble. Allí no se podía vivir tranquilo. Era preciso emigrar. Se estaba mejor en mi tierra a pesar del calor que hacía allí, y convencido de lo que acabo de decir, fuí a dejar tarjeta en

casa de mi casi paisano el juez de guardia, y en cuanto asomó la Luna, me encaramé en ella y regresé a mi tierra, donde tenéis a vuestra disposición a este vuestro afectísimo amigo y seguro servidor que os estrecha la mano,

CHARLOT CHIMPANCÉ.

FIN



El Asno, su hijo, los Lobos y los Perros

Supieron los lobos y los perros que el asno estaba muy enfermo, y figurándose que no tardaría en morir, fueron a su casa con el pretexto de visitarlo, pero con la intención de aprovecharse de su piel cuando muriera. Al atisbar por las rendijas de la puerta de la alcoba en donde estaba acostado el asno, vieron los lobos y los perros a un pollino hijo suyo, y le gritaron diciendo: «¡Muchacho!



¿cómo sigue tu papá? Su enfermedad nos tiene con mucho cuidado.»

Pero el pollino, que conocía las verdaderas intenciones de aquellos falsos amigos, les respondió: «Ya está bastante bien; algo mejor de lo que vosotros quisierais.»

Lo mismo se puede responder a los parientes que acuden a casa de un enfermo con la excusa de interesarse por él y en realidad van a ver si sacan algún legado de la herencia.

ESOPHO.

El León, el Jabalí, el Toro y el Asno

Estaba un león muy enfermo y a punto de morir. Vino el jabalí, y al ver que ya no tenía fuerzas, le hincó los colmillos en el cuello para vengarse de los zarzapos que en otro tiempo había recibido de él. Vino después el toro, y por igual motivo le dió unas cuantas cornadas. Llegó por último el asno y le atizó un



par de coces en la frente. Entonces el león exclamó entre suspiros y sollozos: «Cuando estaba en la flor de mi vida con pleno vigor de mis fuerzas, mi fama asustaba a todos y no había nadie que no me temiese y halagase. Pero ahora, que nada puedo, hasta el asno se atreve conmigo.»

Los mismos que adulan y temen al que tiene autoridad y mando sobre ellos, le menosprecian y escarnecen si le ven caído en desgracia.

ESOPO.

BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baratura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadración, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|-------------------------------------|---|
| 1. El molino de los Pájaros. | 24. Un drama en los aires. |
| 2. Corazones dormidos. | 25. Por mentir. |
| 3. Flores de juventud. | 26. Rosina. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 27. Paquito el explorador. |
| 5. El espadachín. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. |
| 6. El heredero. | 29. El Angel. |
| 7. La fuerza del bien. | 30. Ib y Cristina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 31. El último sueño del roble. |
| 9. Juegos y hazañas de animales. | 32. El cofre volador. |
| 10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º). | 33. El tío «cierra el ojo». |
| 11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º). | 34. La virtud del borrico. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 13. Robinsón. | 36. En otros tiempos. |
| 14. El teatro de los animales. | 37. La campana. |
| 15. Verdades y fantasías. | 38. Los forzadores del bloque. |
| 16. Mimos de niña. | 39. Una ciudad flotante (primera parte). |
| 17. El instinto de los animales. | 40. Una ciudad flotante (segunda parte). |
| 18. El amor y la guerra. | 41. Miguel Strogoff (1.ª parte). |
| 19. El premio gordo. | 42. Miguel Strogoff (2.ª parte). |
| 20. Un ministerio de animales. | 43. Las Indias negras (1.ª parte). |
| 21. La pícara vanidad. | 44. Las Indias negras (2.ª parte). |
| 22. Un Charlot del mundo animal. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 23. Un experimento del doctor Ox. | 46. Los huevos de Pascua. |
| | 47. La guirnalda de flores. |
| | 48. La paloma. |